

JIM VILÀ

EVOCACION

Por JUAN SOLER LLAONETA

Para recordar a mi querido y malogrado amigo, José M.^a Vilà, aquel joven compositor guixolense, muerto, precisamente, en el momento que alzaba el vuelo rumbo a la celebridad, no se me ocurre cosa mejor que biografarle, explicar algunas facetas de su vida, que ya por sí solas serán suficientes para expresar las cualidades que le adornaban. Preferible dejar que su vida hable por sí misma que intentar una serie de bien intencionados, pero mal hilvanados, elogios, que bien pudiera parecer vulgar adulación.

Conocí a José M.^a Vilà poco después de su llegada del Monasterio de Montserrat, donde había formado parte de su famosa "Escolania". Excuso decir que mi amistad con él, fué larga e íntima. Aseveración que será un sello de garantía de la veracidad de cualquier incidente o anécdota de su vida que yo pueda contarles.

Al evocarle, relataré aquellos que, en mi opinión, sean más significativos, más transparentes, para revelarnos la parte más noble, más elevada de su espiritualidad, sí que también de su amor a la música y de su talento.

Primeramente quisiera hacer mención del júbilo con que me recibió un día, en el piso de la calle de San Antonio, su primera residencia.

Fué un acto indescriptible... Tres factores — espontaneidad, vehemencia e ingenuidad — exteriorizados a la vez, hicieron más singular su gozo y dieron más realce a su característica. Algo inusitado le había sucedido... Había compuesto una sardana. Su primera sardana, según me dijo, y quiso darme la sorpresa de habérmela dedicado. Era su título "La festa del carrer". En su afán de que la oyera, sentóse, sin pérdida de tiempo y sus dedos empezaron a teclear muy entusiásticamente; tanto que, de súbito, quedé desorientado, no sabiendo si debía fijar mi atención en el ritmo de la música o concentrarme en la expresión que mi amigo dejaba al descubrirlo, esforzándose en dar más intensa vibración a aquellas notas. Por esto, después

que hubo ejecutado su sardana, quedé perplejo, al preguntarme mi opinión sobre la misma, y no supe darle, instantáneamente, la respuesta requerida. Comprendo que, mi actitud, marcó en mi rostro el reflejo de una aparente desilusión, que frenó el entusiasmo que animaba a mi amigo. Mi comportamiento pudo parecer desprecio, ofensa a su anhelo de concederme la dedicatoria de una composición, que era las primicias de su huerto, primer eslabón de una plenitud. Me rehice tan pronto como pude y procuré hacer que comprendiese mis pensamientos; quiso demostrarme mi admiración y sinceridad, porque la verdad era ésta, y patentizarle el agradecimiento que, en forma de tributo, le reconocía, por la distinción de que me hizo objeto. Me limité, no obstante en darle una opinión a base de mi gusto, porque no me reconozco con suficiente juicio competente para hacerlo más justificadamente; elogí su música, va que me resultó muy agradable, y su naturalismo.

El amor de Vilà a la Naturaleza estaba ya vivo y presente en esta su primera composición. Yo no he conocido a otra persona más sensible a los encantos del paisaje, como mi amigo. Varias veces le acompañé en sus paseos por el campo, por los bosques; de preferencia en lugares apartados, envueltos por la más pronunciada soledad. Aquella soledad silenciosa, aquietante, sólo turbada por la voz augusta de la misma Naturaleza, constituía la mayor delicia para José M.^a Vilà, infundiéndole paz y alegría indecibles.

Así encontraba tema para sus composiciones... Paseo tras paseo, iba forjándose ilusiones que engarzaba a manera de guirnalda y no cesaba, empleando cuantos medios estaban a su alcance, en llevarlas a la realidad. Si sus obras no se ajustaban exactamente a las aspiraciones suyas, su carácter emprendedor movíale a considerar como un ensayo sus trabajos hechos, con la convicción de que, este ensayo, con el tiempo, le sería de utilidad para hacer perfecta la labor que se había impuesto.